

Costa y Blasco Ibáñez: Una secuencia epistolar (1902-1904)

POR
CECILIO ALONSO

Las relaciones entre Costa y Blasco Ibáñez apenas están documentadas y no parece que pasarán de ocasionales. Sus respectivos biógrafos tienden a ignorarlas y, cuando más, a desvalorizarlas bajo el justificado prejuicio de la desconfianza que el aragonés sentía por los republicanos de la órbita lerrouxista, propensos a la discordia interna y a los que no reconocía futuro en el liderazgo de la Unión respaldada por él en 1903. Por su parte, Blasco intentaría repetidamente llegar a más en su acercamiento a Costa sin resultado apreciable. Son hipótesis seguramente juiciosas, pero, hasta ahora, sin sustento concreto.

En el archivo de la *Fundación Joaquín Costa* hay constancia de una breve secuencia epistolar entre ambos personajes correspondiente al período 1902-1904. En total, cinco documentos autógrafos —borradores y cartas—, que hacen referencia a algunos otros en paradero desconocido, y de los que sólo uno fue transcrito y publicado en su integridad por José María Meliá, *Pigmalión* en su artículo «Blasco Ibáñez, Costa y la cultura popular» (*El Liberal*, 27 de octubre de 1933).

Con ser escasa esta correspondencia nos permite sentar prudentemente el carácter de la relación que si bien no parece la base de una verdadera amistad ni tampoco la de una aproximación política, sí se nos muestra deferente y simpática, con el dato enriquecedor de la sincera curiosidad e interés de Costa por la obra literaria del valenciano.

La tendencia que parece emanar de estas misivas se define entre los requerimientos de Blasco para asociar a su ilustre correspondiente a empresas político-culturales valencianas y las discretas evasivas de éste, eludiendo o dando largas a la pretendida colaboración. Eso sí, compensando generosamente sus inhibiciones con elogios y apreciaciones críticas acerca de las últimas obras publicadas por el novelista. Da la impresión de que en las cartas de Costa late una leve nostalgia creadora y hasta la sana envidia de quien, apreciando muy bien la distancia artística que le separaba del autor de *Sónnica la cortesana*, todavía

albergaba pujante la esperanza de culminar su vasto proyecto novelesco *Ultimo día del paganismo...* En este sentido, no es difícil vislumbrar en las pequeñas objeciones que Costa hace al planteamiento de Blasco algunas claves de su propio método literario, en el que como es notorio prevaleció la erudición sobre el gusto estético.

Recordemos brevemente la coyuntura política en la que se produjeron estos contactos epistolares, en torno a 1903, año de reorganización republicana bajo la jefatura de Salmerón. La *Unión* consolidada en el Teatro Lírico de Madrid el 26 de marzo determinó el éxito electoral en los comicios del mes siguiente, corroborado en las elecciones municipales de noviembre. El clima de exaltación republicana era intenso en las grandes capitales, y al programa del Lírico se sumaron numerosas adhesiones de intelectuales y universitarios. Se presentía la Segunda República y muchos jugaron la carta oportunista, lo que no alentaba precisamente las ilusiones de Joaquín Costa para quien este año se iba a convertir en duro banco de pruebas, como apunta Cheyne en el capítulo XVII de su biografía. Su enfermedad se agudiza, pero no rehúye ninguno de los compromisos que considera definidores de su conducta política. En el mes de febrero se adhiere a la Comisión preparatoria de la Asamblea Republicana propuesta por José Nakens. A mediados de marzo acude a Barbastro para presidir la Cámara Agrícola altoaragonesa y escribe el Mensaje de apoyo a la República, publicado por la prensa madrileña el 18, sosteniendo que, ante la ineficacia de los partidos monárquicos, incapaces de hacer la revolución desde arriba, otros debían hacerla desde la calle para salvar al país. Su obligado entusiasmo no podía evitar que un ramalazo de pesimismo intelectual gravitara sobre el remate del documento: *¡Que Dios se apiade de España!* El 26 de marzo asiste en Madrid a la Asamblea del Lírico, y el 12 de abril protagoniza el memorable mitin del Frontón Central. «Nakens forjó la Unión Republicana; Costa le infundió el alma», decía muy expresivamente su biógrafo, Ciges Aparicio. Sus discursos se comentaban en todas partes y durante mucho tiempo; sus escritos llenaban los periódicos republicanos y a los ojos de los correligionarios su ingente figura sobrepasaba en grandeza al solemne Salmerón. No pudo negarse a aceptar la candidatura de Diputado y salió elegido por Zaragoza, Madrid y Gerona el 26 de abril.

Vicente Blasco Ibáñez acababa de publicar la última novela de su ciclo valenciano —*Cañas y barro*— y comenzaba 1903 entregado febrilmente a la empresa de organizar una Universidad Popular en su ciudad con objeto de mejorar la instrucción de sus partidarios, completando la labor desarrollada desde el diario *El Pueblo*, la Editorial Sempere y las diversas escuelas laicas diseminadas por el ámbito urbano. Confesaba su pretensión de hacer de Valencia una nueva Atenas y afirmaba su voluntad populista: «Ya que el pueblo no puede escalar las Universidades, la Universidad bajará al pueblo». Pocos días antes de que culminara este proyecto surgió la ruptura con Rodrigo Soriano, fuente de violentas tensiones que habían de ensangrentar la

ciudad por largo tiempo. En estas incómodas circunstancias personales se sumó a la Unión Republicana y revalidó su acta de diputado en el mes de abril.

A grandes rasgos este es el marco de una correspondencia que se inicia con el acuse de recibo del ejemplar de *Sónnica la cortesana* (1901) que Costa había recibido en La Solana dedicado por el autor. Transcribimos el borrador conservado en la *Fundación Joaquín Costa*, ante la falta de catalogación de los fondos del archivo de la familia Blasco Ibáñez, prácticamente inaccesible y disperso:

Madrid, 8 enero 1902.

Sr. D. Vicente Blasco Ibáñez.

Ilustre maestro: Hace años que no leo novelas y no por falta de voluntad. La de V., *Sónnica la cortesana*, acabo de leerla de un tirón en el ejemplar que Cristóbal de Castro me remitió a La Mancha dedicado por V. con conceptos que hacen honor a su bondad, pero que prueban que no me conoce o que me ha confundido con otro dando valor a mis humildísimos ocios históricos, etc., y a mi todavía más humilde persona.

El episodio sobre el que el libro versa me atraía, como todo lo que se relaciona con la historia antigua de la Península. He admirado, además de su maestría en el decir, que hace de V. una de las primeras autoridades de la lengua, el arte con que ha sabido reconstituir una civilización tan difícil, por lo complicado, como la greco-ibérica de ese litoral representada por Sagunto. Es un primer ensayo tan atrevido como meritorio. Me imagino la enormidad de trabajo que ha debido V. consumir en lecturas y apuntes arqueológicos acerca de Atenas, Roma y Cartago; sus instituciones, derecho y economía, topografía de Sagunto, usos de los celtíberos, etc., y que no le han dejado luego tiempo a dar a la novela un sabor más peninsular, representando en acción, en un capítulo especial, las guerras de frontera entre saguntinos y turdetanos, inmediato antecedente del sitio y caída de la ciudad, y haciendo entrar en el marco a Segóbriga (Segorbe), Dertosa, Tarraco y Dianium, el culto heliástico de Montealegre, la vieja carretera de Hércules, la vía comercial del Ebro, con sus numerosas recas, complemento necesario de la personalidad comercial y étnica de Sagunto.

Mis Estudios Ibéricos, desgraciadamente suspendidos; no han podido darle ninguna luz; y apenas los Estudios de otros autores, que en España llevan en contra el mismo rezago que en los demás.

Reitero a V, la expresión de mi agradecimiento quedando muy suyo affmo. amigo y respetuoso admirador, *Joaquín Costa*.

Hasta un año después no encontramos el segundo jalón de este epistolario. Se trata de una carta del novelista, hoy perdida, de cuya existencia nos informa José M.^a Meliá, *Pigmalión*¹, en la que Blasco, deseoso de dar dimensión nacional a su proyectada Universidad Popular, invitaba a Costa a pronunciar la lección inaugural. La respuesta de éste no se hizo esperar. Transcribimos el texto publicado por Meliá que responde con bastante fidelidad a la minuta conservada en la *Fundación*:

Madrid, 18 de enero de 1903.

Señor don Vicente Blasco Ibáñez.

Ilustre maestro y querido amigo: Agradezco muy cordialmente el envío de su *Cañas y barro*. Me he recreado ya con los dos primeros capítulos, la

deliciosa descripción de la Albufera, cuyo régimen colectivista estudió a mi instancia —tanto me interesaba— el amigo P(ablo) Soriano para el tomo segundo de nuestro *Derecho consuetudinario*. Ahora veré todo hecho² en acción, gracias a la nueva brillante creación de usted.

Felicito a usted por sus iniciativas pedagógicas, encarnadas en una Universidad Popular. Eso es hacer patria. Ojalá prospere y cunda rápidamente el ejemplo. Mi adhesión más ferviente.

No agradecería nunca bastante su invitación, la voluntad hacia mí que se la ha dictado, los términos en que viene hecha (fuera aparte, claro está, de la hipérbole, valor entendido).

Difícilmente se figuraría usted cuán grande es la tentación, por el estado de aplanamiento y desesperanza en que me coge y que requeriría un desahogo mayor que el de mi último libro (ya francamente antidinástico en grado y tono acaso procesables). Pero...

El año último, de noviembre a noviembre, me invitaron a abrir el curso del Ateneo de ahí, a mantener Juegos Florales del Ateneo de Bilbao, a dar conferencias en el Círculo de la Unión Mercantil y Centro de Sociedades Obreras de aquí y en el Círculo Mercantil de Bilbao, etc., y me fue forzoso vencerme, manteniéndome fiel a voto y consigna de recogimiento, impuestos por mi dolencia nerviosa, que me ata la voluntad, y por mis compromisos librescos: no habría concluido con tales distracciones y sangrías de atención y de tiempo, sumadas a las de las revistas, el libro ese del Ateneo de Madrid, agravando a tanta gente que tenía mi palabra; no acabaría el que ahora principia, pregonero de la evolución de abajo, en el cual pongo tanto empeño, que no³ digo será ése mi último libro, y que me reclama los pocos alientos físicos y psíquicos que me quedan...

Si acabado el libro, dentro de un año o de año y medio, siento que me queda un residuo de energía, visitaré a ustedes, y ojalá que esa tierra y mar me comuniquen algo de su vigor para ofrecérselo al pobre Cristo español clavado en la cruz, el pueblo, si no puede ser además a la patria, acaso extinta ya.

Por hoy, querido maestro, tiene usted que excusarme. ¡Tanto como me habría gozado en poder responder a este llamamiento! Ahí están (si ha de ser forastero) Giner, Azcárate, Aramburo, Cajal, Echegaray, etc., que son del oficio (profesores), que tienen además «personalidad», lo que a mí me falta, y que más o menos están sanos y en pleno goce de sus músculos y de sus nervios.

Saluda a usted muy afectuosamente su agradecido y constante amigo y admirador *Joaquín Costa*.

Asegura *Pigmalión* que Blasco se disgustó con la lectura de esta carta, pero lo cierto es que, siguiendo las indicaciones de Costa, buscó y obtuvo el concurso de Gumersindo de Azcárate que se desplazó a Valencia el 8 de febrero para pronunciar la primera lección impartida en la Universidad Popular, desarrollando el tema *Neutralidad de la ciencia*.

Que la justificada negativa del aragonés no enturbió en absoluto las relaciones entre ambos, tal vez avivadas personalmente durante las jornadas de marzo en Madrid, lo prueba la siguiente misiva, en la que el novelista trata de sacar partido sin cortedad al rebrote de la popularidad de aquél, con intención de incorporarlo a la nómina de autores de Sempere y Cía.:

Valencia, 19 de abril de 1903.

Sr. Don Joaquín Costa.

Querido amigo y correligionario: No sé si sabrá Vd. que al mismo tiempo que periodista y novelista soy editor, y que la popular biblioteca que edita

Sempere en la que aparecen las obras de los primeros pensadores de Europa, es empresa mía.

Es una obra de propaganda más que un negocio. Damos a peseta las obras más famosas, y al vendedor para que las propague con entusiasmo le cedemos el 50 por 100. Total que no ganamos nada y únicamente cubrimos los gastos haciendo la tirada para España y América de 8 ó 9.000 ejemplares.

He pensado que es lástima que queden perdidos para la posteridad los numerosos artículos, manifiestos, etc. que lleva Vd. publicados en los periódicos, y deseo publicarlos en esta biblioteca, formando uno o varios volúmenes. No sólo artículos políticos, sino literarios, históricos, etc. ¿Puede ser esto?...

Poco podemos ofrecerle como editores por la baratura de nuestra publicación, pero esta misma baratura ofrece la ventaja de la propaganda popular, de una difusión verdaderamente nacional. Nuestra biblioteca la leen todos los obreros ilustrados de España, y Vd. que es el primer sacerdote de la cultura española debe atendernos y ayudarnos en este empeño.

No se trata de escribir nada nuevo, sino de reunir, propagar e inmortalizar lo mucho bueno que Vd. tiene esparcido por los periódicos.

Nada más por hoy. Esperando ser atendido le saluda su amigo y ferviente admirador *Vicente Blasco Ibáñez*.

A una tarjeta de Costa, perdida, en la que al parecer alargaba el plazo de su colaboración sin negarse a ella, sigue otra carta de Blasco tras conocer los resultados electorales del 26 de abril:

Valencia, 29 de abril de 1903.

Sr. Don Joaquín Costa,

Ilustre y querido amigo: Mi enhorabuena por su triple y ruidoso triunfo. Honra ir al Congreso con un compañero tan eminente como Vd.

Enterado de su postal me congratulo de que acepte en principio mi proposición. Ya hablaremos más detenidamente cuando yo vaya a Madrid.

Le felicita y le abraza su amigo y admirador *Vicente Blasco Ibáñez*.

No sería a buen seguro la escasa perspectiva de lucro por parte de Costa el motivo de que esta colaboración editorial se frustrara. Como es sabido, el diputado por Zaragoza no frecuentó el Congreso, y Blasco, agobiado por las discordias civiles con su antiguo socio Rodrigo Soriano, debió olvidar su pretensión. Sólo tras la muerte de *el gran fracasado*, publicó Sempere la antología *Joaquín Costa y sus doctrinas pedagógicas* (1911), preparada por el maestro Antonio Puig Campillo y desautorizada por Tomás Costa ⁴.

La breve serie epistolar que comentamos se cierra con una esquela de Blasco sin lugar ni fecha, en la que responde a la preocupación de Costa a propósito de un lance grave, presumiblemente su duelo en 1904 con el teniente de Seguridad Alestuei, de gran resonancia por haberse gestado en el Congreso y del que el político-novelistas salió con vida milagrosamente:

Sr. Don Joaquín Costa.

Ilustre y querido amigo: Muchas gracias por su cariñoso recuerdo con motivo del reciente lance.

Me enorgullece mucho ver que en todos los momentos de alguna importancia para mí, descienda hasta mi persona, un pensamiento como el de Ud. que es el primero de España.

Ya sabe puede mandar como guste al que es su admirador y amigo *Vicente Blasco Ibáñez*.

Al margen de que no fuera posible una relación política estable y fecunda entre un Joaquín Costa doliente y experimentado y un Blasco Ibáñez vigoroso y arrollador, hay indicios para admitir la sinceridad de la admiración confesada por éste hacia el modelo cívico que aquél encarnaba. Admiración que llegó a ser moneda corriente en la familia Blasco si nos remitimos a un olvidado texto de su primogénito Mario, tímido dramaturgo, precisamente dedicado a su padre en 1927. Se trata de su comedia *La Plaga* que plantea un caso práctico de aprovechamiento caciquil de un proyecto de política hidráulica cuyos efectos reales traicionan los más puros ideales intelectuales. Lo que no es óbice para que *un hombre bueno* remate la pieza con un corolario tiernamente ingenuo que patentiza la inconmovible fe en la inteligencia regeneradora del pensamiento republicano español:

«... Mientras la rapacidad de unos cuantos caciques haga negativa toda obra de progreso, esa debe ser la réplica de los hombres sabios y buenos, de los que defienden su patria como debe defenderse, como dijo el gran Costa: *con los libros en la mano*».

NOTAS

¹ *Pigmalión*, «Blasco Ibáñez, novelista y su Universidad Popular». Valencia, 1967, pp. 98-100.

² Borrador: *eso*.

³ Borrador: *me*.

⁴ G. J. G. Cheyne, «Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)». Zaragoza, Guara, 1981, pp. 198 y 222-223.

⁵ Mario Blasco, «La plaga. Comedia en tres actos». Valencia, Prometeo, 1927, p. 142.

